

llegado, y unos quedaban presos en la estratagemas de las ramas, otros andaban sin orden, y todos sufrieron los infaustos efectos de una invasion precipitada, así en el desorden de la pelea, como en la debilidad de la caballería; y viendo que no podían ganar ventaja alguna, y que los Indios estaban con toda fuerza, pues muchos ni aun dispararon los fusiles, les fue necesario abandonar un cañon que habían llevado, y emprender la retirada, que les causó gran desazon á las Naciones de Indios amigas, y los contrarios reputaron por victoria.

Con tan no esperadas resultas, todo quedó en calma, y mucho mas la

conversion de los Apaches Ipandes, haciéndose cargo los Misioneros de que el Señor los puso en ella como al Labrador con el árbol, y debiendo poner sus fatigas, sudores y trabajos para su cultivo, debían reconocer que solo Dios es el que dá y produce los frutos; y que no siendo ellos mas que instrumentos, han de estar á solo el uso á que los destina su voluntad suprema, y venerar en el solio del Sol de Justicia las luces que iluminan y perfeccionan los ánimos, como dirigidas por sus inexcrutables decretos, cuyo abismo no pueden penetrar los hombres.

CAPÍTULO X.

Promuévese de nuevo la reduccion de los Apaches en San Saba, y se les fundan dos Misiones.

ES el zelo de la honra de Dios una llama viva que con las alas de una actividad ardiente conserva á los Misioneros en una accion perpetua, en que alentando sus ánimos sobre sus naturales fuerzas, ninguna empresa les parece difícil, porque su misma arduidad se la representa fácil, naciendo de las espinas de sus trabajos y dificultades las flores de sus esperanzas, que regadas con sus sudores y sangre, les prometen ópimos frutos, y con estos nobles impulsos se vieron nuevamente empuñados en otra escena representada por los Apaches en el teatro de San Saba, pero con diversas personas de las que actuaron la otra funesta tragedia. Era nuevo el Capitan Comandante del Presidio, y en sus despachos le mandaba el Superior Gobierno que solicitara la reduccion y congregacion

á Misiones á los Indios Apaches, valiéndose para ellas de todos los medios posibles que dictaran la razon y prudencia, sin usar de los rigores del castigo que los amedrentara y exasperara.

Para facilitar esto, solicitó el Capitan á los principales Apaches, y sobornados del interés, se le presentaron otros diversos de los ya conocidos, y los agazajó y regaló de todos modos, ya dándoles Soldados que fueran en su defensa á la caza de la cibola, ya franqueándoles de su caudal ropas, tabaco, arneses, y otras cosas, con cuyos intereses les proponía el que para hacerlos estables, tanto en lo temporal como en lo espiritual, les era necesario el congregarse en Mision y Pueblos, desvaneciéndoles las frívolas excusas que ellos alegaban para no hacerlo, con los quebrantos

que padecían, despojados de sus tierras por los Comanches, privados del beneficio de la cibola, y perseguidos de sus enemigos, sin poder estar seguros de sus asaltos y alevosias. Con estas palpables razones se alentó á responder por todos uno que reconocían por el Capitan grande, y llamaban el cabezon, y dixo: que él y toda su Nacion de los Lipandes daban palabra de ponerse luego en Mision, y observar perpetua paz con los Españoles. Era este Indio mas político y reflexivo que el Capitan chico, que engañó con sus falsas promesas á los Padres de San Antonio, y por eso en el gobierno y conservacion de su gente y conveniencias seguía sistema muy diversa que el otro; por lo que aseguró al Capitan Comandante con tal firmeza su reduccion y pueblo, que para efectuarlo solicitó al P. Presidente de las Misiones del rio Grande, escribiéndole que concurriese luego, sin dar lugar á que los Indios se arrepintieran.

Prontamente pasó el P. Fr. Diego Jimenez á San Saba, y junto con el Capitan, inquirió las intenciones del Capitan Apache y de los demas Indios, y aunque propusieron algunas dificultades, eran de ningún peso, y satisfechas se resolvieron á su establecimiento, que debía ser en el rio y Valle de San Joseph, que está en la mitad del camino que hay entre el rio Grande y San Saba, en cuya eleccion manifestó el Capitan Apache, que todos sus designios eran solo la defensa é indemnidad de los suyos, pues resguardados por el Norte del Presidio, los internaba á un sitio que les había sido seguro asilo en las guerras de los Españoles y Comanches; y así dixo: que en San Saba, no obstante que eran buenas las tierras, y que ellos

la querían mucho, no se ofrecían á poblar por el temor que les tenían á sus enemigos los Comanches, y por la cercanía del Presidio, pues estaban expuestos á que los mataran como á los Padres y Soldados, y que lo harían en el Valle de San Joseph baxo de tres capitulaciones.

La primera, que habían de hacer antes de radicarse una gruesa carneada de cibola, para la que se les habían de dar mas Soldados de los que les habían dado para las otras: la segunda, que se les había de entregar la hija del Capitan grande Natage, que tenían cautiva los Españoles: la tercera, que se les había de auxiliar para una campaña contra los Comanches, la que tenían determinada para antes de ponerse en Mision, y por darle gusto al Capitan no la hicieron. Era la primera condicion no solo admisible, sino necesaria, para que aviados de carne, se pudieran congregarse, pues era muy difícil ponerlos en el parage que habían pedido de otra forma, interin que para los víveres se daban otras providencias: las otras dos condiciones se otorgaron con respecto á las circunstancias que proporcionara el tiempo.

Hecha ya la dicha carneada que pidieron los Indios, le instaron al Capitan Comandante para que avisase á los Padres, y que juntos todos en el convenido Valle, se les fundase la Mision, y hechas las prevenciones, pasaron el P. Fr. Diego Jimenez y el P. Fr. Joaquin Baños, llevando hachas, barras y rexas, maiz, piloncillo y tabaco, ropa, sombreros y quinquilleras para congratular á los Indios, y el dia nueve de Enero de mil setecientos sesenta y uno arribaron al rio y Valle de San Joseph, y luego dispuso el Capitan se hiciera jurídica ins-

peccion de sus tierras y aguas, de la que se formalizó informacion con testigos y prácticos; tambien pidió separadamente que le expusieran su dictamen sobre las diligencias actuadas, y su propio dictamen los Padres Misioneros; y habiendo ellos asistido á todo, declararon ser verídicas, y sobre el estado de los Indios dixerón: «que meditando los pasages que con ellos se les habian ofrecido desde que entraron la primera vez á fundar les Mision en San Saba, y observando la satisfaccion con que con los Padres estaban procediendo, el gran contento con que por sus Ministros los habian recibido, no obstante las muchas dificultades sugeridas por arte del comun enemigo para radicarse en Mision; y que atendiendo á la reduccion no solo de los presentes Lipanes, sino de otro crecido número de almas, eran de parecer que no solamente podia pasar á fundar la Mision con los Indios que intentaba, y voluntariamente se ofrecían, sino que en las circunstancias actuales debia: pues dicho Capitan Cabezon y su gente, aunque alguna vez concurrieron con otros para la primera fundacion en San Saba, nunca se ofreció á fundar Mision, conociendo el dolo de los otros Capitanes, que era lo que respondia, arguido de aquella veleadad, la que no verificándose por su actual constancia, era la que solo pudiera impedir el que se procediese á la plantacion de la Mision.»

Con estas precauciones determinó el Capitan fundar la Mision, y citados los Padres y los Indios, con asistencia de testigos y Soldados, concurrieron todos á una loma plana, y proxima á un ojo de agua, en donde se fixó la poblacion: en ella estaba

prevenido un xacal que sirviera de Iglesia, y estando á su puerta los dos Misioneros, se tocó una campana, á cuyo sonido acudieron mas de trescientas personas de todos sexos y edades, que estaban observando lo que se hacia con los Lipanes, sin determinarse ellos á ponerse en Mision. EIP. Ximenez revestido de Alba y Estola bendixó el sitio, en el que estaba decentemente adornada una Santa Cruz, la que adoró descalzo, y cantando el Hymno de la Iglesia la enarbó, y en nombre de la Magestad Católica se la entregó al Capitan Comandante, y procesionalmente se colocó en el Altar preparado para la Misa, y acabada cantó el Padre el Alabado, y por el Intérprete se les hizo saber á los Indios la solicitud con que el Rey nuestro Señor desea la conversion de todos los Gentiles á la Fe Católica, y los muchos bienes con que ha premiado á todos los que la han recibido, para cuyo fin les envia los Ministros de Dios, de quienes deben oír la Doctrina Christiana, y á quienes deben sujetarse, para arreglar sus vidas conforme á ella: y que siendo buenos Christianos y fieles vasallos, el Rey los tendria en su proteccion, y los ampararia con sus armas contra todos sus enemigos.

Luego pasó el Capitan Comandante á darles posesion jurídica de las tierras y aguas, y á nombrar Gobernador y Capitan á guerra al Indio Cabezon, poniendo al Pueblo el título de Santa Cruz: declaró tambien por Ministros de él á los dos Padres, los que por debidos motivos llamaron á la Mision de San Lorenzo, segun que del Colegio se les encargó. Toda esa especie de formalidad la miraban los Misioneros con suma indiferencia, pues toda la actividad con que el Ca-

pitán se afanaba, no producía mas que la creccion de un Pueblo, con satisfaccion de la codicia de los Indios; y en eso mismo agonizaban sus espíritus, viendo quan remota estaba la de su zelo en fundar una Mision, á que se sujetaran á doctrina y catequismo. Consideraban que no teniendo el sínodo que S. M. dá para alimentar los primeros años á los reciénconvertidos, habia de cargar sobre ellos un cuidado tan oneroso para satisfacerlo como incompatible con las obligaciones de su ministerio; pues perderian todo su fruto andando continuamente los Indios vagueando por los campos en solicitud de sus necesarios alimentos: al mismo tiempo experimentaban la dureza y altanería de unos bárbaros soberbios, indómitos, guerreros y tan libertosos, como agenos de rendirse á las Leyes del Christianismo, pues repugnaban el que se les hablara de Dios, y con desprecio y disgusto dexaban á los Padres con la palabra en la boca, siempre que les proponian los Misterios de la Fe, y se retiraban de su presencia.

En estas angustias no hallaban los afligidos Misioneros otro medio, que presentar un escrito al Capitan Comandante exponiéndole lo mismo que estaba mirando, y que respecto á los gastos no se detenía el Presidente en la fundacion de la Mision, ni de otras Misiones que hiciera, con tal de que les supliera lo mas indispensable, que por otra parte no pudieran ellos conseguir, pues veía que si á aquellos Indios no se les asistía con lo preciso, y mas en la circunstancia de estar tantos Gentiles á la mira, se podia aventurar la reduccion de unos y otros, por lo que le suplicaban que no fundara mas Misiones que las que buenamente pudiera atender, hasta que in-

formado el Excmo. Señor Virrey, providenciara lo que fuera de su Superior agrado: pero lo que con mayor eficacia le pedian y suplicaban, era el que los amparara y asistiera en aquella reciente fundacion personalmente, hasta que bien enterados los Indios del estilo y ministerio de los Misioneros, se aseguraran de la falsedad de las extrañas especies que contra ellos les habian sugerido, y no hubiera rezelo alguno de que todo se perdiera. Era esta implorada presencia del Capitan tan necesaria por algun tiempo, como que por su respeto se les podia imponer á los Indios un suave y moderado método para establecer su catequismo, y arreglar el mas conveniente gobierno; pues en fuerza de lo que habian prometido, solo él pudiera contenerlos: pero respondió al escrito de los Padres, que en quanto á los alimentos supliria lo que faltara para la subsistencia de los Indios, baxo del conocimiento de que se le habia de satisfacer lo que así gastara: en orden á su asistencia dixo: que no podía hacerla allí por deber estar en su Presidio, como que era la llave que sostenia á éstas y demas Naciones adversarias; y tambien por haber recibido Carta en que se le avisa haber llegado á S. Saba el Indio Texa, que queria con su gente ponerse en Mision, y que para la faccion de su reduccion se hacia precisa su marcha, y que concurriera á ella el P. Presidente: y abandonando lo cierto y que tenia entre manos, se fue y hizo ir poco después al Padre Presidente, dexando en la nueva Mision á solo el P. Fr. Joaquin Baños con veinte Soldados de escolta, y un Teniente de Gefé.

Ya el Indio Texa llamado Turnio lo esperaba en el Presidio, y instándole con fuerza que lo pusiera en

Mision, volvió el Capitan á Santa Cruz, y en concurso de los Padres, hizo el Indio relacion de la mucha gente que tenía, contando hasta ciento y catorce hombres de armas, y con mugeres y hijos mas de trescientas personas, y aseguró que quando el maiz estuviera ya ercrido vendrian al Pueblo otros muchos mas de los que habia contado; y preguntando al Capitan quantos Soldados le habia de poner de escolta, le dixo que diez, y él replicó que eran pocos, porque él habia de sujetar á su gente y obligarla á que trabajase: con estas y otras aparentes propuestas, creyó el Capitan verdadera y justa la pretension de la Mision, y juzgó que si no se le ponía de pronto, pudiera resfriarse en su vocacion, y aun indisponer y perturbar á los demas; por lo que efectuó el ir con el Padre Presidente á darle posesion de la tierra y de un ojo de agua que distaba como quatro leguas de Santa Cruz, y con las mismas formalidades que observó en la fundacion de la primera Mision, estableció la segunda, llamándola de nuestra Señora de la Candelaria, en la que nombró por Gobernador al mismo

CAPÍTULO XI.

Informe que hicieron los Misioneros por orden del Señor Virrey.

EXcelentísimo Señor: El Presidente de las Misiones del rio Grande del Norte, y las de este rio y Valle de San Joseph, y su Compañero, Ministros de dichas nuevas Misiones, obedeciendo el órden de V. E. de primero de Octubre de setenta y dos, de que informemos del estado que tiene la reduccion de los Apaches, y si han

Turnio, y al Padre Ximenez su Ministro.

No fue esto mas que multiplicar la gente, pero no aumentar la alegría, pues los Padres quedaron mas contristados, divididos y mas afligidos, experimentando que no tenia ni apariencias de ser verdadera la conversion de aquellos Gentiles, y con dolor de sus corazones veían que habian de permanecer incrédulos, sin sujecion, doctrina, ni mudanza de vida; porque solo se establecian allí por la seguridad del sitio, para libertarse de las invasiones de sus enemigos, y tener en su defensa á los Españoles. Muy gustoso el Capitan Comandante de sus dos conquistas, dió cuenta con sus autos y diligencias al Excmo. Señor Virrey, y no habiendo tenido sus consultas la prosperidad que esperaba, casi al año de su remision mandó S. E. que le informaran sobre ellas los Misioneros, cuya respuesta fue tan categorica, que merece transcribirse á la letra, pues compendiatla pudiera obscurecer el candor, sencillez y lisura de la verdad con que fue dictada, y que debe ser el alma de esta historia.

acudido algunos de ellos, y en qué número, á establecerse en estas Misiones, y en caso de no haber acudido, qué esperanzas nos quedan de su reduccion, para en este importante asunto con la debida instruccion poder resolver lo conveniente. Decimos, á lo primero, que habiendo manejado domésticamente por el espacio de todo el año pasado de seten-

ta y dos hasta ahora á los Apaches Lipanes, nos confirmamos mas cada dia en la esperanza del logro de sus almas, dando V. E. las providencias de su Superior agrado sobre competente guarnicion de Soldados que defendan á los Indios de sus enemigos, y cause el temor y respeto debido á los mismos Apaches, y sobre alguna ayuda de costa para mantenerlos interin se logra alguna cosecha; pero si falta alguna de estas providencias, apenas esperamos dicha reduccion, pues aun verificadas, todavia nos asisten aquellos rezelos que se originan de tratar negocio tan grave con bárbaros faltos de aquellas luces que empuñan á los hombres á mantenerse en sus propios. Esperamos, Señor Excmo, el logro de sus almas, porque los hemos observado muy otros de como los experimentamos ántes de ahora, quando entramos á fundarles Mision en San Saba, y despues los observamos tan adversos á oír la palabra de Dios, y á la debida sujecion á un moderado trabajo, á la quietud en sus Pueblos que se les fundaron, y á todo lo conveniente á Indios de Mision, que si queriamos librarnos de sus continuas molestias, lo conseguimos luego con comenzar á tratarles cosas de Dios. En quanto á trabajar decian, que los Indios de las otras Misiones y Españoles, habian de trabajarles sus casas y tierras: sobre la permanencia en sus Pueblos, que se enfermarian no vagueando como ántes, y á este tenor decian lo demas, significando especial ojeriza al estilo de otros Indios ya convertidos, que verdaderamente es el que mas les conviene. Ahora nos oyen la Divina palabra con gusto, y nos preguntan, manifestándonos al-

gunos errores, por los que no tenían afecto ni al Christianismo, ni á la paz con otras gentes: nos han ayudado en algunas faenas, y estan persuadidos á que han de mantenerse en su trabajo, y permanecer en las Misiones como los otros reducidos, en lo que convienen gustosos: nos ofrecen sus párvulos para que los bautizemos, y si enferman los adultos, nos llaman para lo mismo: no han salido de las Misiones sin nuestra licencia, y entonces nos han dexado á guardar sus trastos, algunos caballos, sus hijos y mugeres: estas y otras cosas semejantes nos persuaden el buen estado de estos Indios para su reduccion.

En quanto á lo segundo de si han acudido algunos Apaches, y en qué número á establecerse en Mision, decimos que sí, y muchos de los que llamamos Lipanes, pues á mas de los que estan y constan en las diligencias de la fundacion de estas dos Misiones, se han agregado despues quatro Capitanes mas con sus gentes; otros dos se hallan al presente aquí, que prometen, verificada la campaña que se les prometió, de regreso establecerse en Mision. Otro Capitan á quien Dios misericordioso poco dias ha dió salud con el Santo Bautismo, entra y sale quasi como Indio de Mision, aunque no instamos para que permanezcan, por falta de viveres para tanta gente. De otros dos que el Verano pasado se ausentaron, no sabemos si volveran, ni conviene al presente; porque mientras el uno de ellos, á quien siguen muchos, se mantuvo, estuvo esto para perderse muchas veces.

Acerca del número de individuos de todos estos Capitanes decimos: que al presente es inavergua-

»ble, pero segun los Lipanes que han
»concurrido y concurren, es comun
»sentir de todos, que son, á lo ménos,
»tres mil de todas edades y sexos. Los
»de Mision actual son como quatro-
»cientos. De los Apaches que los Es-
»pañoles llamamos Natages, Pelones,
»Mezcaleros y propiamente Apaches,
»que son los que damnifican en la
»Provincia de Cohaguila, los que no
»reconocen estos valles, aseguran los
»Lipanes su reduccion, verificada la
»suya, por ser ó parientes, ó muy ami-
»gos y de un idioma: nosotros no los
»hemos comunicado, pero nos parece
»está su reduccion muy remota, y que
»su número pasa de tres mil, segun
»nos dicen los que los comunican.

»Dos motivos, Señor Excmó, nos
»persuaden que se malogrará la re-
»duccion de todos los referidos In-
»dios, si V. E. no provee de compe-
»tente número de Soldados, y de al-
»guna ayuda de costa, y son el, substan-
»cial y primero, la sangrienta perse-
»cucion de los Indios del Norte á los
»Apaches: despues de la fundacion
»de estas Misiones, les han destroza-
»do en estos confines dos numerosas
»Rancherías, y en mas larga distan-
»cia, algunas esquadras de bastante
»gente. Luego dieron golpe los Co-
»manches en dos ocasiones, y en otras
»se vieron y mataron Soldados bas-
»tantes: entre otros motivos la per-
»secucion los hace andar como pere-
»grinos, sin asiento en algun lugar,
»huyendo. Ya los enemigos saben de
»estas Misiones, porque nos han espi-
»ado, y creyendo el dicho uniforme
»de los Lipanes apresados por sus
»contrarios, á quienes se les han hui-
»do, presto vendrán á destruir estos
»Pueblos, en los que no hallarán re-
»sistencia, porque nuestros Lipanes
»solo tratan de esconderse en esos

»lances, y los Soldados que nos acom-
»pañan son respecto de los enemigos
»muy pocos y ruines, por lo que solo
»Dios nos defendera, si no perecemos.

»La aseveracion de que dichos
»enemigos no perjudicarán, ni prac-
»ticarán hostilidad en los Apaches
»que estuvieren al amparo y abrigo
»de nuestras armas, segun se asienta
»en el Superior despacho de V. E., la
»reputamos al presente por de nin-
»gun fundamento; porque si no han
»perdonado los mismos enemigos á
»los Españoles sus vidas y bienes des-
»pues de su paz, como lo comprue-
»ban los repetidos robos de las caba-
»lladas de San Saba y de los Pueblos
»del río de San Antonio, y algunas
»muertes de Españoles que han he-
»cho, no obstante de no tenernos tan-
»to odio como á los Apaches; ménos
»los perdonarán á éstos, estén ó no
»ubicados en Mision, los que ni la pa-
»sion, ni lo repentino de los lances
»permitirá distinguir, aun creyendo
»dicha aseveracion.

»Otro motivo que nos persua-
»de de ser aquí necesaria fuerza de ar-
»mas es, Excmó. Señor, el temor que
»es preciso infundan en nuestros In-
»dios, para contenerlos en sus fre-
»qüentes inquietudes: á los principios
»trabaja el comun enemigo mucho
»para no soltar la presa de las almas
»que ántes tenia por suyas; les sugie-
»re á este fin mil especies diabólicas,
»y en esos lances regularmente las ar-
»mas los sosiegan. En los referidos
»Capitanes ausentes experimentamos
»esto: al uno le sugerió en sueños
»el Demonio, que estaba hácia San
»Saba carneando; que qué hacia;
»que ya nosotros y los Españoles
»nos habiamos ido de las Misiones,
»llevándonos presos sus hijos, muger-
»es y caballos: con esta sugestion

»apresuradamente vino dicho Capitan
»á desengañarse, halló sus familias
»aquereciadas y quietas, los mucha-
»chos aplicados á la doctrina, y luego
»le sugerió el enemigo que su mu-
»ger y las de su gente habian estado
»amanebadas con nosotros, con los
»Soldados, y con los Indios de las
»Misiones del rio Grande, que nos
»asisten; no asintió á la verdad, y se
»ausentó hasta ahora. Al otro Capi-
»tan le sugerió, que los juntabamos
»aquí en Mision con dolo para matar-
»los, que ántes que vinieran mas Solda-
»dos nos quitaran á todos las vidas:
»con esta sugestion inquietó á todos
»los otros Capitanes para ese fin;
»pero Dios por medio de ellos nos
»defendió, y le respondieron, que él
»se fuera, si no creía nuestra sinceri-
»dad: se huyó, y no esperamos por
»ahora que vuelva, ni lo permita el
»Señor; pues demas de esta inquietud
»tuvo otras, por las que estuvo esto
»para perderse, habiendo llegado á
»cercarnos, y á mantenerse lo mas de
»la noche sobre las armas ellos, y
»los Soldados.

»Son los Indios naturalmente la-
»drones, facilmente se congregan, y jun-
»tos en su tierra y muchos, y con mu-
»chos y buenos caballos, y armas tam-
»bien de fuego; y nosotros pocos y sin
»auxilio proximo: son muy orgullosos,
»osados y atrevidos: no castigados se
»exceden mas, y como para el casti-
»go se requerian competentes fuerzas,
»faltando éstas, no se castigaran las

»maldades, se criaran en el Christia-
»nismo como quisieren, y todo se per-
»derá: por este respecto es tambien
»necesario un fuerte Presidio que los
»contenga.

»En quanto á la ayuda de cos-
»ta, Señor Excmó. que juzgamos nece-
»saria para la subsistencia de estas Mi-
»siones, hacemos presente á la alta
»comprehension de V. E. que estos
»Indios son altaneros y vagos, sin
»asiento, ni domicilio en parte algu-
»na, se mantienen de la caza, y algu-
»nos dias de algun maiz que siem-
»bran y frutas: no habiendo aquí con
»que mantenerlos, es preciso que sal-
»gan á buscar el sustento: y como el
»lobo á la simple ovejucla descarria-
»da, así el comun enemigo, viendo á
»los Indios distantes de su Pastor, los
»acomete con mil sugestiones, que son
»causa ó de que no vuelvan á la Mi-
»sion, ó de que vuelvan á malear á
»otros: para obviar estos y otros da-
»ños, la caridad de nuestro Católico
»Monarca acostumbra socorrer las
»nuevas Misiones con alguna limos-
»na, que es la que á V. E. rendida-
»mente suplicamos, teniendo presente
»los muchos gastos que llevamos he-
»chos para mantenerlos en todo el
»año pasado hasta ahora, y en lo que
»resta. Mision de San Lorenzo de la
»Santa Cruz y Enero veinte y qua-
»tro de mil setecientos sesenta y tres
»años. Fr. Diego Ximenez, Presiden-
»te de las Misiones. Fr. Manuel An-
»tonio Cuebas, Ministro.»

CAPÍTULO XII.

Continúan los Comanches sus hostilidades contra las Misiones, y extinguido el Presidio se retiran los Misioneros.

CON tan manifiesta expresion del estado en que se hallaban las nuevas Misiones de San Saba, se hace ver que no habiendo producido nada el informe del Padre Presidente en orden á las providencias que juzgaba necesarias á sus progresos, ese mismo fue el mayor á que llegaron, que fue una conversion muy imperfecta de aquellos Indios, que quedándose en su bárbara libertad, ningunas fatigas ni trabajos de los Misioneros pudieron perfeccionarla. Habian ellos elegido aquel sitio, no por mas cómodo para Mision, sino como el mas fragoso para rochela, pues era uno de los muchos Valles que en mas de veinte leguas se forman en los senos de una áspera serrania, por lo que los Españoles les llaman los Cañones: éste, que es el centro de ella, está cercado por los quatro vientos de cerros, que aunque no muy altos, son difíciles por muy espesos de arboledas, malezas y cambrones, y mas por pedregosos y cortados de profundos barrancos que los hacen intransitables, sin tener para su entrada sino determinadas puertas, especialmente por la parte del Norte, en que son muy estrechas y montuosas: tenia casi con igual distancia de quarenta leguas, al Oriente el Presidio de S. Antonio, al Sur el del rio Grande, al Norte el de San Saba, y al Poniente un despoblado de trescientas leguas que hay hasta Tamaulipa: entre Norte y Poniente el Nuevo México, y el Real de Chiguagua, que era al que mas hostilizaban

estos Indios Lipanes, haciendo en él continuas excursiones y robos, que traian á vista de los Misioneros, de sillas y arneses de los Españoles, y de muchos caballos y mulas: lo que demostraba la urgentísima necesidad que los Padres decian habia para sujetar una libertad tan perniciosa, que de ningún otro modo se podia reducir á las leyes del Christianismo.

Toda su subsistencia dependia de la caza de la cibola, y para ir á ésta se convocaban á unas juntas nocturnas, que sin duda presidia el Príncipe de las tinieblas: en ellas proponian los Capitanes á sus parcialidades, que tenian mugeres y hijos, y que habia mucha cibola, pero que tambien habia Comanches bravos; sobre lo que concluía, que debian pelear hasta acabar con los Comanches, que les cautivaban á sus mugeres y hijos, y les impedian aprovecharse de la cibola, y en todo eran sus enemigos. Por Diciembre y Enero marchaban al Norte, por ser el tiempo en que salia la cibola, y están muy gordas las hembras: por Mayo y Junio volvian á carrear por matar los toros, y haciendo esta provision, que nunca era correspondiente á su voracidad, especialmente á los que no tenian bastantes bestias para conducir la carne, los demas meses lo pasaban con penuria, atenedos á solos los frutos silvestres, ó algunos animales.

En cada jornada de estas enviaban espías á las tierras de los Comanches para hacerles guerra, y entrando juntos á matar cibola, quando

estaban abastecidos, mandaban para el Cañon con las cargas á los viejos y mugeres, y los hombres se iban á las tierras de los Comanches, y informados de sus espías, sabian las Rancherías que estaban solas y las asaltaban, haciendo quanto estrago podian, matando á los viejos y niños de pecho, y cautivando á las mugeres y muchachos, caminando de dia y de noche con la presa hasta el rio de las Chanas, donde comienzan los cerros que dan puerta á los Cañones; pues en llegando allí se daban por muy seguros, y confiados de que no podian entrar á su serrania los enemigos, y era así, que aunque éstos los siguieran, en llegando al tal parage, se revolvián: Quatro años despues de puesta la Mision de San Lorenzo repitieron estos insultos, sin ser poderosos los ruegos, amenazas y malos sucesos que los Padres les anunciaban, para apartarlos de ellos; y pareció haber querido el Señor castigar su bárbara obstinacion, en que al quinto año que ya la Mision de la Candelaria estaba desierta por la desercion del Capitan Turnio, se esmeraron los Misioneros en persuadirles á los Lipanes, que no repitieran tales correrias y daños; pero despreciaron sus razones diciendo, que la hambre los obligaba á ir á traer carne de cibola, y los perjuicios que les habian hecho los Comanches, á tomar de ellos venganza.

Mas prevenidos anduvieron los Comanches para excitarla; pues desde el mes de Octubre, aunque ya los Lipanes se habian retirado de la Mision, quizas avisados de sus espías, penetraron la serrania, y como un quarto de legua ántes de ella, los reconoció un vecino, y se volvió dando voces, con lo que los Soldados y de-

mas gente se recogieron á la Mision, y prepararon las armas. Habia en ella una plaza de setenta varas en quadro cercada toda de paredes aunque débiles: tenia dos baluartes con dos pedreros y una sola puerta: eran los enemigos mas de trescientos, y venian los mas á caballo vestidos de cueras, y cubiertas de morriones las cabezas: á mas del fusil traian lanzas ó chuzos, y unas cuchillas como hachas con cabo de media vara colgadas del puño de la mano, y los de á pie con multitud de flechas: acometieron con tanto brio, que llegaron hasta las paredes de la cerca, y si los Soldados hubieran tenido mas disciplina en el manejo de las armas, y exercicio en el de los cañones, pudieron haber hecho en ellos mucho estrago con la metralla y las escopetas: los Indios con formidables alaridos dispararon al ayre los fusiles y muchas flechas sin piedras, haciendo una salva para obstar sus fuerzas; pero viendo los Soldados que huian de los lados de los pedreros, baxaron uno para dispararlo por una tronera, y fue inutilizarlo, pues ya no pudieron volverlo á montar en la cureña, por estar el baluarte descubier-to, y no cesar los Indios de disparar contra él: eran tan dueños del campo, que los de á caballo se retiraron á una arboleda, y volviendo á pie al ataque, disparaban desde los barrancos sin orden ni direccion alguna, pues si la tuvieran, por el lienzo de la cerca que no tenia pedrero, y al que habian cargado todos, pudieran facilmente abrir las brechas que quisieran, y dar un asalto muy sangriento; pero se contentaron con hacer un continuo fuego, del que el Teniente fue malamente herido de una bala que le destruyó una mano, y otro Soldado levemente en la cabeza. En otras circunstancias

fuera digno de risa el que los Comanches llevaron su especie de música para animar á los que peleaban, y desde la primera descarga de los fusiles resonaron sus pífanos, aunque con novedad extraña, pues también llevaban cantores que imitaban el tono desatemplado de sus mítotes: pero fue la desgracia que entre los Soldados no hubiera quien llevara el compás de la pólvora; pues aunque dispararon quanta tenían, el miedo de no descubrirse les hacia tirar al viento; aunque no dexó de verse un Indio muerto, y persuadé haber sido no poco el daño que recibieron, la cautela con que en otra invasión se portaron.

Duró el fuego de los enemigos sin cesar hasta el medio día, en que cayó un fuerte aguazero que apagó el de su ira, y los obligó á retirarse, sin mas ventaja que la de llevarse una manada de yeguas; pues no lograron dar con el potrero en que se resguardaba la caballada de los Soldados. No fueron pocas las congojas que padecieron los dos Padres, uno entre los mayores peligros para socorrer espiritual y corporalmente á los que peleaban; y el otro en la Iglesia exhortando á las mugeres al dolor y contrición de sus culpas, y á implorar la Divina piedad, para que no permitiera que cayeran sus vidas en manos de tan feroces bestias.

Al siguiente mes volvieron los Comanches á avanzar la Mision, y habiéndolos descubierto en una emboscada que tenían hecha bien cerca, para sorprenderla, se hizo señal con un tiro de escopeta, y se recogieron las mugeres que estaban en el rio, y los hombres tomaron las armas; pero siendo éstos muy pocos, se les pusieron sombreros y capotes á las mugeres, para que subieran á los baluartes, y

se logró la estratagema; porque juzgaron los Indios que habia mucha gente para la defensa, y por eso llegando todos á caballo al frente de la plaza, hicieron una breve escaramuza, y huyendo de la metralla, quizas escarmentados de la otra refriega, se retiraron á una nogalera que estaba cerca, y cubiertos de ella, y de los barrancos del rio, á las nueve de la mañana comenzaron su fuego, continuándolo hasta las cinco de la tarde, al que correspondieron los Soldados, pero sin haberse visto de una ni otra parte herido ni muerto alguno: solo se hizo admirar que un bárbaro de ellos se acercara á tiro de pistola á la plaza, y la rodeó tres veces, sin haberle podido acertar un tiro de muchos de escopeta que le dispararon los Soldados: ya que iba entrando la noche se retiraron todos, sin mas efecto que gastar toda su pólvora en salvas.

No puede dexar de excitarse la curiosidad de saber lo que en tan repetidas invasiones hicieron los famosos, formidables y valentones Apaches, pues ellos eran el blanco de todos los tiros; y se conmueve la risa al ver á los temidos Lipanes huir llenos de miedo, sin parar hasta la otra banda del rio Grande del Norte, y mas de cien leguas distantes; y fue sin duda por haber sabido por sus espías la visita que los buscaba; pero habiendo pasado el año, se encontraron con ella donde no la esperaban. Confiados en que los Comanches los buscarian en la Mision como ántes, se fueron á la caza de la cibola, y lográndola con abundancia, se venian muy contentos para ella; pero sobre sus huellas venian también los Comanches, y estando ya una legua de la Mision, les dieron el golpe tan cruel, que en él mataron y cautivaron mas de treinta,

y llevaron toda la carne y mas de mil caballos, pasando con todos los despojos por las mismas tapias de la Mision.

Dividieron el rico botin en trozitos con sus esquadras, y en la retaguardia iban veinte Fusileros para cubrir toda la marcha. Gran parte de los Lipanes se acogieron á la Mision, y animándolos los Soldados á que fueran en seguimiento de los enemigos, subia á la tapia uno de ellos, y con descompadadas voces exhortaba á todos que fueran á quitarles la presa, por lo que llenos de dolor y rabia fueron saliendo en tropas á alcanzarlos: iban muy preocupados del susto, y por eso aunque llegaron á ellos, suspendia la retaguardia la marcha, y haciéndoles cara, á pocos tiros huían los Lipanes: bien conocian éstos que su número era triplicado, mas que el de los contrarios, y así avanzaban de nuevo, pero los contenian los Fusileros; y habiendo hecho tres avaozes sin efecto, se volvieron á la Mision desesperados. Condolido de sus lágrimas el Misionero, dió noticia de todo al Capitan del Presidio, y éste aprontó como quarenta Soldados que fueran á quitar á los Comanches el pillage y los cautivos: encontraron con ellos en un rio, pero reforzados de mucha gente que habia venido á esperarlos; con todo, tomaron para la pelea un cerro pequeño, y cubriéndose con trinchera de piedras y palos, provocaron á los Indios para ella: al punto los cercaron, y á pocos lances ya habian matado ocho Soldados, no obstante que éstos disparaban un cañoncito que llevaron; ya los demas no

podian esperar otro suceso, y entrando la noche se valieron de la incuria de los Indios para su retirada: ellos quedaron muy ufanos, y con el cañon hicieron indecentes irrisiones, y con los difuntos sus bárbaros excesos.

En este año de sesenta y siete fue de Visitador de aquellos Presidios el Señor Marqués de Rubí, y informado de todos los acacimientos, se hizo juicio del infeliz estado de aquella Mision, despues de tan excesivos gastos, y de la ninguna esperanza de la reduccion de los Lipanes: como tambien de que ya era no solo inútil, sino nocivo el Presidio, por el continuo robo de caballos que hacian los Indios; y pidiendo de todo informes á los Misioneros, formó la consulta sobre su extincion á S. E. y por su Superior decreto quedó extinguido el Presidio, y tambien la Mision de San Lorenzo: salieron de ella los Misioneros sin tener que abandonar las funciones de su ministerio, pues todo el fruto de ocho años fueron ochenta bautismos hechos en peligro de muerte, y algunos párvulos que al principio ofrecieron sus Padres; pero salieron con las antorchas encendidas en las manos, ardiendo en sus corazones la caridad, en sus afectos la piedad, en sus trabajos el zelo, en sus semblantes la mansedumbre, en sus traveses la pobreza, y en tan crueles adversidades el sufrimiento, que fue el que coronó su mérito en la larga tolerancia de unos bárbaros ingratos, dolosos, ambiciosos y prófugos, que por modo alguno no pudieron reducir ni aun al grado de catecúmenos.